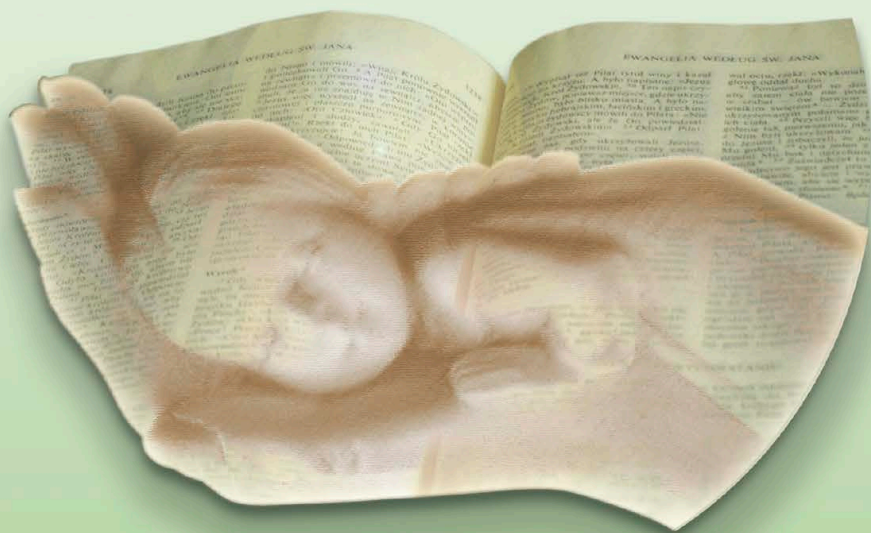


P. Henryk Wejman

IMÁGENES BÍBLICAS de la CONFIANZA



P. Henryk Wejman

IMÁGENES BÍBLICAS
DE LA CONFIANZA

Editorial Misericordia

Título original | Biblijne oblicza ufności

Autor | P. Henryk Wejman

Traducción | Xavier Bordas Cornet

© Congregación de las Hermanas de la Madre de Dios
de la Misericordia, ul. Żytnia 3/9, 01-014 Warszawa

Proyecto de la portada | Martin Kornas OCDS

Foto | Andrzej Oczkoś

Nihil obstat | Dr Mirosław Smyrak

Imprimatur | Obispo Jan Zając, Cracovia, 24 de febrero de 2011

Editorial Misericordia de la Congregación
de las Hermanas de la Madre de Dios de la Misericordia

ul. Siostry Faustyny 3, 30-420 Kraków

tel. (+48 12) 267 61 01, 263 79 98

e-mail: misericordia@faustyna.pl

www.misericordia.faustyna.pl

ISBN 978-83-89731-28-9

Nota del Traductor: Mientras no se indique otra cosa, las citas bíblicas están tomadas de la Biblia de Jerusalén, Desclée de Brower, Bilbao 1976. Expreso mi gratitud a Hanna Prószyńska-Bordas, Elena Archilla, Luisa Llopis, Jordi Mongay, María del Mar Rodríguez, María Carmen Navarro y María Tymieniecka por su colaboración en la revisión de los textos.

ABREVIATURAS MÁS USADAS

| | |
|-----------|--|
| LG | – Constitución sobre la Iglesia, <i>Lumen Gentium</i> |
| GS | – Constitución sobre la Iglesia en el mundo, <i>Gaudium et Spes</i> |
| SC | – Constitución sobre la Sagrada Liturgia, <i>Sacrosantum Concilium</i> |
| CCC | – <i>Catecismo de la Iglesia Católica</i> |
| RH | – <i>Redemptoris hominis</i> , Juan Pablo II |
| DiM | – <i>Dives in misericordia</i> , Juan Pablo II |
| DeV | – <i>Dominum et Vivificantem</i> , Juan Pablo II |
| VS | – <i>Veritatis Splendor</i> , Juan Pablo II |
| SV | – <i>Savificis doloris</i> , Juan Pablo II |
| CF | – <i>Carta a las Familias</i> , Juan Pablo II |
| PDV | – <i>Pastores dabo vobis</i> , Juan Pablo II |
| art. cit. | – artículo citado |
| op. cit. | – obra citada |
| red. | – redactor |
| t. | – tomo |
| p. | – página |

INTRODUCCIÓN

Los múltiples avances modernos en cuestiones técnicas, así como en las diversas áreas de la ciencia y de la economía, están cambiando el aspecto del medio ambiente y, al mismo tiempo, facilitan al hombre su existencia. Sin embargo, esta mejora de las condiciones de vida provoca un aumento del sentimiento de autosuficiencia. Esto conlleva como consecuencia, según se puede observar hoy en día, que tanto la sensibilidad del hombre ante los valores imperecederos como su obertura hacia el prójimo vayan disminuyendo. ¡Qué difícil es para el hombre contemporáneo sacrificarse por los demás y ser un don para el prójimo! Sabemos bien que mientras no se establezca una relación personal con el otro, basada en la confianza, éste no estará en condiciones de realizarse en su dimensión humana, ni podrá conseguir la plenitud de la felicidad. El hombre, según el magisterio del Concilio Vaticano II, puede realizarse plenamente, es decir, puede encontrarse a sí mismo, sólo por la sincera entrega de sí mismo (GS 24). De ahí que ante una tal amenaza debamos descubrir la confianza, una de las condiciones más esenciales para el desarrollo espiritual del hombre y para su repercusión social. Este libro, pues, tratará sobre esta cuestión.

Las presentes páginas tienen como fin poder mostrar, sobre la base de las fuentes bíblicas, la gran riqueza de la realidad de la confianza. Dicho de otro modo, la cuestión crucial tratada en este libro es un intento de dar respuesta a la pregunta fundamental: ¿qué es la confianza y cuáles son los

rasgos que debe tener para que se convierta en un factor eficaz para que el hombre pueda establecer vínculos personales, tanto con Dios como con el prójimo? ¿Cómo puede establecer dichos vínculos, para que al mismo tiempo se realice en su dimensión humana y para que pueda realizar su vocación, según la cual ha sido llamado a la perfección en el amor, es decir, su vocación a la santidad?

La base en cuanto a las fuentes utilizadas para dar respuesta a la anterior pregunta está constituida por un abanico de bibliografía que, naturalmente, ha sido sometida a una selección, debido a su enorme cantidad. La selección ha seguido la línea de los textos bíblicos y de estudios sobre éstos, así como los documentos del Concilio Vaticano II y el magisterio de los Papas (especialmente de Juan Pablo II) que los completan. Los textos correspondientes aparecerán como citas debidamente indicadas, y en el caso de los textos bíblicos, de los documentos del Concilio y del magisterio papal se utilizarán abreviaciones universalmente conocidas, que se irán incluyendo a lo largo del texto.

El objetivo y las fuentes del trabajo orientan hacia el método. Su base, que son meditaciones analítico – sintéticas, está constituida por datos bíblicos sobre el tema de las fuentes y las diversas formas por las que se expresa la confianza.

La estructura de estas meditaciones corresponde al orden de dichos análisis. El primer capítulo delinea la base de la confianza. Ésta, como valor interpersonal, condiciona la existencia de las personas. De ahí que para poder descubrirla haya que referirse previamente al acto de la Creación del hombre. Este acto representa, no sólo el momento en el que el hombre recibió su existencia, sino también el establecimiento del vínculo entre Dios y el hombre, del cual, a su vez, se desprenden todas las diversas formas de la confianza entre las personas. Los demás capítulos, en cambio, nos irán descubriendo gradualmente diversas imágenes y rostros de la confianza.

Trataremos de mostrar los rasgos característicos de la actitud de la confianza, a través de ejemplos concretos, tanto del Antiguo Testamento como del Nuevo Testamento, siguiendo la fórmula del personalismo dialogante, es decir, este darse de Dios al hombre y la respuesta que éste le da. Iniciaremos esta presentación con las pruebas que nuestros primeros padres experimentaron para vivir la confianza (contenido del II capítulo). Pero después de haber caído en la desconfianza, Dios, en su misericordia, no sólo no permitió que se hundieran en la tristeza, sino que les hizo la promesa de la Redención, es decir, les ofreció la posibilidad del regreso a una relación de amor con Él. Esta renovada confianza fue mantenida en la conciencia de las posteriores generaciones de descendientes, a través de los patriarcas, los profetas, los salmistas y los sabios, hombres llamados por Dios a una misión concreta. Cada uno de ellos, mediante la relación que tenían con Dios, dejaba al descubierto un rasgo distinto de la confianza, por lo que fueron contribuyendo con su pequeño ladrillo al edificio que podríamos llamar "la actitud bíblica de la confianza". Noe dio el ejemplo del coraje (contenido del III capítulo), Abraham, por otro lado, se destacó por su enorme heroísmo de la fe (contenido del IV capítulo). En cambio Moisés, mostró gran paciencia y una abnegación inflexible (contenido del capítulo V). Los profetas, a su vez, son ejemplo de inflexibilidad (contenido del capítulo VI). Luego, los salmistas hicieron bien prominente la certeza (contenido del capítulo VII). Finalmente, los sabios acentuaron la sensatez y la racionalidad (contenido del capítulo VIII). Jesucristo representa aquí, el coronamiento de los muros de este edificio. Él, como Hijo de Dios, por el cumplimiento de la voluntad del Padre y por su encarnación nos mostró el motivo más profundo de la confianza (contenido del capítulos IX); asimismo, en relación con las personas, nos ha dejado el modelo de cómo el hombre puede vivirlo en su vida (capítulo X). Jesucristo, por el don de su propia vida, trazó su término y su cumbre (contenido del capítulo XI). Al expli-

carnos el contenido de los mandamientos y al presentarnos las bienaventuranzas y los consejos evangélicos nos revelo la medida de la confianza (contenido del capítulo XII). Cuando el hombre acoge en su vida los mandamientos, las bienaventuranzas y los consejos evangélicos, y trata de vivirlos, es entonces cuando crece espiritualmente (contenido del capítulo XIII), alcanzando, a pesar de dificultades diversas, la cumbre de la unión con el Esposo Divino. San Pedro nos dejó un ejemplo de ello (contenido del capítulo XIV). En cambio, cuando el hombre abandona dichos mandamientos, bienaventuranzas y consejos evangélicos, haciendo de eso una caricatura espiritual, y dejándose llevar hacia la perdición, es cuando nos encontramos con el ejemplo de Judas (contenido del capítulo XV). María fue quien realizó de la manera más plena esta llamada a la confianza. Habiendo sido elegida por Dios para ser la Madre de su Hijo, respondió con total confianza, ejerciendo al mismo tiempo la caridad activa para con el prójimo, y dándonos así un ejemplo perfecto de cómo debe ser la cooperación confiada del hombre con Dios Misericordioso (contenido del capítulo XVI).

I. LA CONFIANZA DE DIOS EN EL HOMBRE

Y dijo Dios: «Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra, y manden en los peces del mar y en las aves de los cielos, y en las bestias y en todas las alimañas terrestres, y en todas las serpientes que serpean por la tierra. Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios le creó, macho y hembra los creó.

(Gn 1, 26-27)

Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! El mundo no nos conoce porque no le conoció a él. Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es. Todo el que tiene esta esperanza en él se purifica a sí mismo, como él es puro.

(1 Jn 3, 1-3)

Introducción

Solemos comprender la confianza como el hecho de encontrar apoyo en otra persona. Se trata, en cierto modo, de que la persona que experimenta dificultades se pueda fiar de alguien que esté en condiciones de ofrecerle refugio y un sen-

timiento de seguridad. Así pues, ¿cómo comprender, partiendo de esta imagen que tenemos de la confianza, la relación que tiene Dios para con el hombre? ¿Podemos acaso catalogar esta relación en el marco de la confianza, puesto que como Creador y Señor de toda criatura no precisa de apoyos ni de refugio alguno? Pero, por otro lado, hay que darse cuenta de que la confianza, como relación interpersonal, tiene una dimensión algo más profunda que el mero hecho de proporcionar un apoyo a la persona necesitada. Así es justamente el carácter que tiene la relación que Dios tiene para con el hombre. Podemos ver, pues, la relación de Dios con el hombre en este contexto, bajo el aspecto de la confianza. Aquí, aparece la cuestión sobre la dimensión de esta confianza. Todas las preguntas que nos podamos hacer aquí estarán justificadas, porque tienen como objetivo enmarcar el alcance de esta reflexión (contenido del segundo apartado). Sin embargo, para realizar dicho propósito, debemos referirnos primeramente al acto de la creación del hombre, que es donde se estableció esta relación entre ambos; aquella confianza, pues, surge de este vínculo y en él encuentra su fundamento (contenido del primer apartado).

1. El acto creador de Dios como fundamento de su confianza en el hombre

No podemos descubrir esta actitud de confianza de Dios para con el hombre sin antes tener en cuenta el propio hecho de la existencia del hombre, sin procurar conocer el carácter de su vínculo con el Creador, vínculo que apareció ya en el acto mismo de la creación. Para poder conocer bien este vínculo, debemos referirnos a textos del libro del Génesis, y ver allí cómo las Escrituras explican la creación del hombre y cómo se presentan las tareas que el Creador le encomendó.

A la luz de los textos bíblicos, que para nuestra reflexión constituirán su base, la existencia del hombre adquiere una dimensión particular. Todas las demás criaturas fueron llama-

das por Dios a la existencia mediante una sola palabra suya. El autor bíblico lo expresó con una afirmación muy concisa: *Dijo Dios... y así fue* (cf. Gn 1, 3.6.9.14.20.24). El sentido de esta expresión radica en esto: Dios quería una determinada criatura, y al momento existía. En un sentido bíblico, las palabras expresadas por Dios equivalen a la potencia de su voluntad, es decir, que Dios le da a sus palabras una forma real¹. En este contexto, queda justificado afirmar que todas las criaturas que fueron creadas antes que el hombre fueron creadas por Dios sin una intencionalidad expresa, en cierto modo, *por acción refleja*.

El hecho de llamar al hombre a la existencia tiene un carácter distinto. Dios, antes de realizar este acto, como se desprende del relato bíblico, hizo una pausa. Esta *pausa* no significa, en lenguaje antropológico, una transposición de pensamientos, sentimientos y reacciones del hombre, como si de una *indisposición temporal* de Dios se tratara, sino más bien significa que Dios cesó, por un momento, antes de realizar una obra importante, su acto creador para poder hacer la debida reflexión, cuando declara: *Hagamos al ser humano* (Gn 1, 26). Aquí, podría parecer como si Dios hablara con alguien, buscando su consejo². Cabe añadir que el uso del plural por parte de Dios durante el acto de la creación no significa, como sugería santo Tomás de Aquino, que hubiera habido un diálogo entre las personas de la Santísima Trinidad (cf. STh II-II, q. 174, a. 6), ni siquiera se trata de una posible colaboración de los ángeles con Dios, sino que aquí, el uso del plural tiene sólo un carácter formal. Dios, con este modo de expresarse, quería enfatizar la importancia del acto de la creación del hombre. Dicho de otro modo, el autor bíblico quiso subrayar que el hombre, entre todas las criatu-

¹ Cf. S. Łach (red.), *Księga Rodzaju. Wstęp – Przekład z oryginału – Komentarz*, Poznań 1962, p. 177.

² Cf. *Pismo Święte Starego i Nowego Testamentu. Stary Testament*, t. 1, red. M. Peter, Poznań 1982, p. 6.

ras, sería para Él, la criatura más próxima³. Por consiguiente, en esta expresión *hagamos*, el autor quiso transmitir la idea de que la creación del hombre no tuvo lugar, como en el caso de las demás criaturas, como resultado de una orden suya, sino que fue consecuencia de una singular reflexión que Dios hizo consigo mismo⁴. Dios creó al hombre después de haber hecho dicha *reflexión*; lo creó a su imagen y semejanza (cf. Gn 1, 26-27).

Aquí, en este contexto, nos podemos plantear: ¿qué significa que el hombre haya sido creado a imagen de Dios? ¿En qué se le parece? Ciertamente no en lo corporal, pues Dios es un ser espiritual. Tal vez haya que ver esta semejanza en el hecho que el hombre anda erguido, como afirmó en su día L. Koelher. Tampoco se trata de esto, puesto que la tradición sacerdotal, según la cual fue redactado este texto bíblico, excluye cualquier antropomorfismo, y se declara a favor de la espiritualidad de Dios⁵. Ante tales evidencias, cabe más bien comprender que aquella semejanza de Dios en el hombre consiste en el mandato que Dios dio al hombre, de dominar a toda criatura: *Que mande en los peces del mar y en las aves de los cielos, y en las bestias y en todas las alimañas terrestres, y en todas las serpientes que serpean por la tierra* (cf. Gn 1, 26). Para poder dominar la naturaleza se precisa de una buena condición psíquica, puesto que las capacidades meramente físicas no son suficientes. De ahí que podamos concluir que en las habilidades psíquicas del hombre es donde se puede ver esta semejanza de Dios. A su vez, el alcance de dichas habilidades abarca la voluntad y la razón, consideradas éstas como las potencias principales del alma. De ahí que el alma humana constituya el principio

³ S. Lach (red.), *Księga Rodzaju. Wstęp – Przekład z oryginału – Komentarz*, op. cit., p. 192.

⁴ Cf. H. Dominiczak, *Bóg i człowiek w historii Wszechświata*, Warszawa 2005, p. 79.

⁵ Cf. S. Grzybek, *Obraz człowieka w Starym Testamencie*, en: *Vademecum biblijne*, red. S. Grzybek, t. IV, Kraków 1991, p. 115.

propio de esta semejanza entre el hombre y su Creador⁶. Esta interpretación está bien justificada, y encontramos su confirmación en las palabras inspiradas del libro del Eclesiástico: *De la tierra creó el Señor al hombre, y de nuevo le hizo volver a ella (...) De una fuerza como la suya les revistió, a su imagen los hizo (...) para que dominar a fieras y volátiles. Les formó lengua, ojos, oídos y un corazón para pensar. De saber e inteligencia los llenó* (Si 17, 1.3-6). Entonces, la imagen de Dios en el hombre se nos aproxima por la naturaleza, lo que referido a la persona humana significa que se nos hace más cercana gracias a su capacidad de pensar y de elegir⁷.

Además, el significado de la imagen de Dios en el hombre resulta de la etimología de los conceptos, al expresar en palabras que el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 1, 26-27). Ambos conceptos son sinónimos entre sí. El primero, *imagen*, significaba para la gente de aquel tiempo, la relación entre la imagen y la persona que ésta representaba. Naturalmente, esta relación entre persona e imagen, a su entender, no era sólo de carácter casual, sino que era algo esencial. Es en este sentido que la imagen era una representación de la persona que imaginaba⁸. A la luz de este concepto de *imagen*, el hombre aparece como un representante de Dios en el mundo. El Salmista confirma la justificación de dicha interpretación. En el Salmo 8, el Salmista alaba a Dios como Creador, y nos dice que las estrellas del cielo proclaman su poder y su majestad. Sin embargo, a pesar de un poder tan grande, Dios es tan misericordioso que se ha acordado del hombre, puesto que lo hizo apenas inferior a sí mismo. Lo ha coronado

⁶ Cf. *Pismo Święte Starego i Nowego Testamentu. Stary Testament*, t. 1, red. M. Peter, op. cit., p. 6.

⁷ Cf. E. Ozorowski, *Obraz Boży*, en: *Człowiek. Osoba. Pleć*, red. M. Wójcik, Łomianki 1998, p. 25.

⁸ Cf. S. Łach (red.), *Księga Rodzaju. Wstęp – Przekład z oryginału – Komentarz*, op. cit., p. 193.

Debido a la influencia que las apariciones de Jesucristo ejercieron sobre la Hermana Faustina Kowalska, de la Congregación de las Hermanas de la Madre de Dios de la Misericordia, se acrecentó en la Iglesia el interés por el misterio de la misericordia de Dios para con el hombre, no sólo entre los fieles, sino también entre los teólogos. Este interés a menudo adopta la forma de fascinación, lo que se traduce en un profundo deseo de que se haga realidad esta verdad en nuestra vida personal y de dejarse conducir por este espíritu en la relación con los demás. Sin embargo, para que estos propósitos adquieran un carácter y una dimensión apropiados, es absolutamente necesaria, no sólo la meditación sobre la misericordia divina, sino también la profundización sobre este tema. Por ello este libro ha sido escrito para ayudar, sobre todo, a los apóstoles de la misericordia divina en este camino.

ISBN 978-83-89731-93-7



www.misericordia.faustyna.pl